PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO—URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Junio de 1920. Núm. XXIV.—Año III.

LA GRANDE INDUSTRIA MODERNA

Partiendo del concepto de que "la mente es orden, es método", y afirmando que la labor literaria de Fogazzaro, de Pascoli, de D'Annunzio, evidencia "la poca claridad íntima" de estos escritores, el crítico y filósofo italiano B. Croce los llama "industriales de la grande industria moderna del vacío. Además, al último, en razón de sus variadas posturas intelectuales, lo califica de "histrión literario".

Los que han estudiado "La Etica", de Spinoza, recordarán que para el pensador holandés, el orden y el deserden son conceptos humanos. El nos hace notar la superficialidad de los que creen que existe un orden en las cosas, cuando todavía ignoramos las cosas y su naturaleza; como si el orden correspondiera a algo real en la naturaleza.

Imaginan las cosas — dice Spinoza — en vez de comprenderlas; olvidan que la perfección de las cosas sólo debe ser estimada según su naturaleza y su potencia.

En efecto; de la idea helénica de Cáos, puede decirse lo propio que de la idea neoplatónica de Dios: en él estamos, vivimos y nos movemos.

El caos está en nosotros y fuera de nosotros. Nuestra pedagogía, nuestros métodos culturales, nuestras disciplinas científicas, sólo son arbitrios para poner un poco de orden en las cosas que nos interesan, para sistematizar cuanto nos concierne.

De esta guisa limitamos artificialmente los elementos, los cuerpos, los fenómenos, el mundo; construímos religiosa, artística, científicamente el Universo, en concordancia con el "gusto" cultural del siglo, y las variantes que aquí y allí introduce nuestro ingenio personal. Mas, el Universo que, con tales concursos nosotros construímos y amueblamos, no es la realidad universal, como la selección de episodios personales que forman una biografía no constituye la historia integral del biografiado, ni la *summa* de las historias y de las ciencias de una civilización es la Historia Universal.

El caos externo, cósmico, no se pone en orden por el simple hecho de que nosotros pongamos motes a los astros, midamos sus masas, establezcamos sus órbitas, concertemos matemáticamente el mecanismo de relojería de los sistemas astrales; y al apenas explorado gran todo lo llamemos Universo. Como el caos interno, la nebulosa mental que fosforece en lo más alto de la vía láctea cerebroespinal no se vuelve luminosa, distinta, coherente, no unifica sus multiplicidades psíquicas, porque la llamemos "mente", "intuición racional", "inspiración" o "númen vital".

El orden, la claridad interna, la potencia coordinadora, sistematizadora o creadora, es un *desideratum* ético, una aspiración filosófica, un accidente feliz, no una realidad anímica, vulgar.

La actividad cerebral es espontaneidad, sucesión, continuidad psíquicas, ora en una dirección, ora en otra; con frecuencia contradictoria, si los estados emocionales la mueven a ello. Pensar, imaginar, son funciones inconscientes como respirar, como digerir.

Sólo en algunos cerebros excepcionales, ayudados por un temperamento filosófico, la función pensante se eleva de inconsciente a consciente, de sentimental a lógica, de arbitraria a sistemática.

Empero, aún en estos cerebros metafísicos, la ignota surgente de las energías psíquicas, asimilable a las corrientes eléctricas, que mediante hilos sutilísimos encerrados en redomas de cristal se truecan en luz, como aquéllas en imágenes y en ideas, no se explica ni se domina a voluntad. Como el viento, como la electricidad, ignoramos de dónde proceden y a dónde van. No sabemos suscitarla ni podemos detenerla. Si no estamos atentos a los mensajes intuitivos que traen en sus ondas, éstas pasan sin que nuestra conciencia los perciba y registre.

Si el filósofo Croce objeta que él entiende por "mente" lo que otros llaman "razón", entonces destaca de la totalidad mental un estado especialísimo de la misma, y lo convierte en representación simbólica de todos los estados mentales.

Si es así, tiene mente, es decir, razón, pero su mente sólo es la cúspide de la montaña, el eje de la rueda, el núcleo consciente, radiante de la nebulosa mental. Si trueca la mente en sinónimo de atención, de enfoca-

miento crítico de concentración analítica, entonces hace de un momento singular la medida de todos los momentos, de una fugaz y en ocasiones magistral contracción de esfuerzo, el estado normal, habitual.

Con tal "mente" puede juzgar las obras de los cerebros similares al suyo: críticos, pensadores, filósofos: esto es, las inteligencias discursivas, sistemáticas, unánimes.

Para apreciar la genialidad de los cerebros de alta presión emotiva, sentimental o imaginativa, debe dejar de lado tal criterio y la concepción simplista del espíritu que dicho criterio entraña. Debe emplear una sonda mayor, susceptible de ahondar más en lo inexplorado de la subconsciencia creadora, en los arcanos con frecuencia contradictorios, de la personalidad genial.

Que algunos genios literarios o poéticos sean variables, contradictorios, no es motivo para considerarlos "insinceros" o "histriónicos". Por el contrario, si fueran menos geniales, vale decir más *cuerdos*, les sería fácil aparentar la coherencia que no sienten y que su sinceridad les impide realizar en los personajes de sus obras o en la índole de sus poemas.

Parecen insinceros porque ascienden a latitudes superiores de sinceridad; parecen histriónicos, mas, como los niños, cuando jueguen a serlo.

Existen ingenios en los cuales la multiplicidad psíquica se manifiesta en formas visiblemente *multánimes*.

¡Cuánto más honda la intuición de Bergson: *¿Somos uno, o varios?*

Somos varios en uno.

ALVARO ARMANDO VASSEUR

POR ESO

(Del libro «Jacinto», próximo a aparecer.)

Era pálido y bello como un astro lejano
clavado en la penumbra de un horizonte arcano.

Los ojos eran lagos pensantes y alargados,
de espesos juncos negros y oro, circundados.

Las manos dos arañas de marfil nostalgioso,
que me tejían las mallas de un sueño prodigioso.

La cabellera negra, ondulada y fragante,
tenía el profundo encanto de las selvas distantes,

y vivos lampos de oro corrían por sus ondas
cual víboras eléctricas entre la espesa fronda.

Era joven. Y bello. Y triste!... Le adoré!
Y un día, codiciosa, me lo robó Ananké!

De entonces, por la vida, me alargo tras su sombra
y aunque el labio está mudo, mi corazón le nombra,

y en busca de mis huellas también su sombra vaga,
quemada por la brasa que ningún agua apaga!

Las manos están lejos, mas, las almas se enlazan
en redes imposibles que burlan las distancias.
Se saturan los días de lejanas fragancias...
Sus esponjas de olvido por nuestras vidas pasan

la ausencia, y los amores, y el tiempo, en vano em-
[peño!
¡El sueña con mi boca! ¡Yo, con sus brazos sueño!

Y él nunca será mío; yo nunca seré suya!
Por eso no habrá fuerza que nuestra unión des-
[truya.

¡El nunca será mío!... Yo nunca seré suya!...
Por eso él es tan mío! Por eso soy tan suya!

LAYLY DAVERIO.

Tres mil siglos de modas femeninas

(Conclusión)

Pero volvamos a Francia.

Cae el imperio en la estruendosa derrota de Waterloo y la chatura reemplaza a la magnificencia; gobiernos aburguesados y roñosos dan el diapasón de 1815 a 1830; modas horribles sientan sus reales en Europa; los aforismos de Mr. Prudhomme no pueden convivir con la elegancia y la gracia; durante los 15 años de la Restauración no surge una idea, no brota una inspiración. Pero no es sino un compás de espera.

Parecería que del humo de las barricadas de 1830 surgiera, cual Venus de las ondas, la delicada moda que la "Boheme" de Puccini ha popularizado y hecho admirar en las apasionadas notas que gorjean Mimí y Musette, con loca imprevisión y ardiente sed de vida.

Hasta 1850 veremos reinar la graciosa capota, las mangas abullonadas, los altos peinados, los tentadores lazos tan certeramente designados "sígueme pollo" por nuestras abuelas; pero toda medalla tiene su reverso y esta moda, que tanto favorece a la mujer espigada y de cimbreante talle, resulta horrible cuando un Daumier, con lápiz implacable, nos la muestra llevada por una venerable matrona.

De entonces a acá será Francia la reina indiscutida

de la moda; sus fantasías hermosas o extravagantes serán copiadas, nunca discutidas.

El segundo Imperio, ocasión propia de fáciles fortunas, época brillante de ficticio esplendor, con su ruidosa y corrompida corte ávida de placeres, con sus turbios banqueros y sus militares más llenos de audacia y coraje que de robusta preparación, hace renacer una moda, en sí ridícula, pero salvada por la esplendorosa belleza de Lola Montes, de la condesa Potocky, de la emperatriz Eugenia.

El miriñaque, nieto del guarda infante, deforma y perturba la armonía de las líneas femeninas; grotesco y "encombrant" no encontrará quien lo defienda. Feo y ridículo, consigue hacerse perdonar cuando es llevado con elegancia y distinción. ¿Qué mejor lo prueba que esta reencarnación de un cuadro de Winterhalter por un grupo de gentiles niñas bien conocidas de ustedes?

Pero está dicho que el traje femenino debe oscilar siempre entre las siluetas del paraguas abierto y la del paraguas cerrado: periódicamente asiste el mundo a estas alternativas del sístole y del diástole de la pollera.

Del año 1870 al 1880 los vestidos se estrechan inverosímilmente y los sombreros se achican hasta el extremo.

Pero, ¿qué vemos? ¿Qué es esa protuberancia cuyo volumen va creciendo hasta dar a las más graciosas mujeres el perfil archi-calípigo de la Venus Hotentote?

Ese es el Polizón. ¿A qué oscuro móvil obedeció tal acontecimiento? ¿Qué misteriosas razones tuvo la mujer para considerar al polizón como condimento de su natural belleza?

¡Qué bien se explica el asombro de este ingenuo gavilero al tropezar con esa "última moda" después de un largo viaje!

Diez años duró su reinado, diez años que debieran borrarse de la historia, como hacían los maestros del tiempo de Carlos X con la Revolución Francesa y las campañas de Napoleón.

Desde esa época nuevas corrientes modernizan las creaciones de la moda. La intromisión del arte y sobre todo de los artistas, bajo el impulso de William Morris, de Ruskin, de Falize, de Gallé en todas las manifestaciones de la vida, la preocupación de dar un tinte de real belleza a todo lo que nos rodea, da a la moda una orientación visible.

Poco a poco la silueta femenina normal va desprendiéndose de todo lo que la afea y deforma; la vulgarización de los ejercicios físicos exige una flexibilidad incompatible con las rigideces del miriñaque, de los corpiños Luis XIV. Hay aún muchas exageraciones, casi diría aberraciones; pero en medio de las ridiculeces, de los traspiés, se nota un anhelo de respetar la forma, de dar libre expansión al funcionamiento armónico del cuerpo femenino, que nos garantiza — hasta cierto punto — una futura moda que satisfaga a la vez el ideal estético y el anhelo higiénico.

La democratización de la moda es un nuevo factor de progreso. Si bien es cierto que los "modelos" quedan reservados a las privilegiadas de la fortuna — no siempre, y por suerte, privilegiadas de la hermosura — las copias aún inhábiles realzan tipos de mujeres que justifican la fama de que gozan nuestras compatriotas.

Y ya que hablamos de modelos, no quiero dejar de presentarles al más conocido de los árbitros de la moda, Madame Paquin, cuyos talleres en París son una fiesta para los ojos. Allí, en un ambiente de exquisita elegancia, en pequeños salones, cuyo decorado da un marco apropiado a los matices de las telas y a las líneas de los trajes, pasean en interminable ronda los

modelos, los "mannequins" en jerga parisiense, muñecas vivientes, en cuya mirada más de una vez se sorprende la expresión de rebeldía por el rol a que están sujetas. Ellas, jóvenes, hermosas, en las que el traje luce porque son tales y que al rato tendrán que dejar, como si salieran de un ensueño de cenicientas, para endosar el raído vestido que mal las defiende del frío y de la lluvia.

Para esas no hay premios a la virtud. ¡Cuántas luchan y mueren de miseria, abandonadas, solas en el infierno parisiense, teniendo que optar entre el hambre y el olvido de sí mismas, obligadas a decidirse entre un camino sembrado de espinas y una vía cubierta de flores, entre chapalear en el lodo con suelas agujereadas y marchar en automóvil envueltas en costosas pieles, aún a costa de un porvenir incierto y doloroso!

Para ellas es siempre cierta la vieja frase: ¡Ay, infeliz de la que nace hermosa... y tiene un poquito de vergüenza!

Reanudemos nuestro tema. Lentamente, en plena paz, invadido el mundo por una corriente de solidaridad humana, de un internacionalismo creciente, olvidando cuán graves problemas se agitan bajo una corteza de frívola apariencia, transcurren los primeros trece años de este siglo.

Llegamos a 1914. Un lúgubre tañido de rebato suena bruscamente; la vida de la Humanidad parece, estremecida, detenerse un instante. Una nación, grande por su número, grande por la tesonera laboriosidad de sus hijos, grande por sus progresos vertiginosos, pero viciada hasta la médula por una secular enseñanza de megalómana egolatría, lanza al mundo civilizado un desafío soberbio.

¡Deutschland uber alles!; "Alemania sobre todo", "los tratados son andrajos de papel", "la necesidad

no reconoce ley", son tres afirmaciones con que se abofetean los principios éticos que penosamente han conquistado los hombres en siglos de lucha por la Libertad y el Derecho.

Cual nueva horda de Hunos, su formidable máquina guerrera se desploma sobre la pacífica Bélgica, culpable de no vender su honor al precio de su tranquilidad.

En ese momento, Francia, la dulce, la sabia, la libre Francia, como si quisiera con gesto heroico derrumbar la leyenda de su corrupción y de su decadencia, se yergue cual leona que defiende sus cachorros. Sus ciudadanos, inermes muchos de ellos, vuelan a la frontera; en una retirada asombrosa, en la que palmo a palmo hacen pagar caro al invasor sus progresos, demuestran, una vez más, que Francia vive, que Francia vivirá, para ser una vez más la guía y renovadora. Cuando la Humanidad acongojada vela sus ojos para no ver lo que supone irremediable catástrofe, un hecho inesperado, pero lógico al fin, cambia la faz de las cosas.

¡No pasarán! y las aguas del Marne, idílicas ayer, trágicas hoy, señalan definitivamente la frontera entre la civilización y el kaiserismo, despotismo cruel y bárbaro, que aprovecha el Viernes Santo para bombardear las iglesias de París, en las que una multitud de mujeres y niños ora por la salvación de los que luchan en el frente de batalla!

Desde entonces, ¿quién puede pensar en las frivolidades de la moda?; las ondulantes y vagas concepciones de estos cuatro años son la más clara demostración de que móviles superiores absorben la mentalidad femenina.

¡Y cómo no ha de ser así! Mientras se arrojan a la hoguera sus padres, sus maridos, sus hijos, la carne de su carne, las mujeres, con una profunda intuición

de su misión social e histórica, asumen las responsabilidades de la vida nacional.

Francesas, inglesas, belgas, italianas, americanas, no titubean en destrozar sus manos en los trabajos más rudos y pesados. Saben que por ellas y para ellas luchan y mueren los hombres en el frente; saben que por ellas y para ellas deben entregar sus energías, su voluntad, su vida misma, para que no sea estéril el cruento holocausto con que tal vez por vez postrera los hombres se inmolan en el altar de la Libertad.

Pero de todas las transformaciones que la mujer actual debe a la guerra, ninguna tan grande, tan austera, tan noble, tan dulce, como la que la ha llevado a aportar el bálsamo de sus consuelos a los caídos en defensa de sus ideales.

Anónimas como millares, mártires sublimes como Miss Cavell, es en esta faz de sus actividades que ellas cristalizan todo lo más generoso que encierra el alma femenina.

¡Enfermera!: ese es el traje, ese el uniforme que personificará la mujer de la guerra.

Queden las creaciones de la moda, para los días de paz, para aquellos que se nos anuncian como promisores de redención de las injusticias sociales, para el momento que las artes en pleno florecimiento vuelvan de nuevo y eternamente al ritmo que marque la ascendente espiral de un perdurable progreso.

Para entonces la mujer, libre su alma de dolores, tranquila y feliz, volverá a ser el fin y motivo de la adoración masculina, reciamente ganada, porque fué sublimizada por sus lágrimas y glorificada por su sacrificio!

AUGUSTO TURENNE.

EL ENIGMA

Yo busco en mi cerebro la forma que mejor
exprese este poema de más dolor que amor
que no he dicho hasta ahora y acaso no diré.
Si un día, ebrio de ciencia, mi cabal pensamiento
queda opreso en mis manos como un ave, mi acento
será un vuelo, un suspiro, la sombra, lo que fué...

Porque la suma ciencia debe estar en la Muerte.
El sentido del mundo será en ella más fuerte
y la vida se hará clara como un cristal.
¡Oh, los ojos abiertos de los que están muriendo!
¡No hay asombro más grande ni hay horror más tre-
El adiós a la vida debe ser colosal. [mendo!

¡Y con qué indiferencia vemos pasar las horas!
¡Corazón, tú no gozas! ¡Corazón, tú no lloras!
—Gozar siendo la vida tan triste...—el corazón
nos contesta.—Llorar en la vida tan corta...
Y en un encogimiento de hombros no nos importa
ser lo que somos: una grotesca aberración.

Nacer, sufrir, morir. Nacer para morir
irremediablemente. Vivir para sufrir.
¡Y más allá!... ¡Qué horrores se hallarán más allá!
La hora sin pensamientos bajo la paz florida
de una acacia, es la hora más dulce de la vida;
¡nada mejor nuestra alma por sufrir hallará!

Bajo la planta herida y errabunda, la tierra
no dice lo que guarda ni cuenta lo que encierra.
Alucina el enigma del mundo por doquier.
Ruge el viento en la noche la metáfora abstrusa
del canto de los orbes... Se oye... Mas ni la Musa
es capaz de cantarlo ni el hombre de entender.

Y yo, ciego y sediento, recorro los senderos,
las calles en la noche llenas de limosneros
de pan, de amor, de ciencia. No hay uno sin pedir.
Los tigres ambiciosos nos comemos el mundo,
hasta que nos hundimos en el antro profundo
de la última ambición, que es el morir.

SEGUNDO BARREIRO.

LA FONTAINE

Refugiémonos ahora, dulce amigo mío, en el delicioso rincón que nos brinda La Fontaine. ¡Qué libro encantador el de sus fábulas! El mismo lo ha descripto con dos o tres sencillos rasgos, derramando en sus versos esa ingenuidad o abandono delicioso o fuerte bondad que de su corazón manaba como un agua pura y cristalina. "Ora yo pinto en un relato la tonta vanidad junto a la envidia, dos ejes en torno de los cuales gira nuestra vida: tal ese mísero animal que quiso igualarse en tamaño al buey. Otras veces opongo el vicio a la virtud, la tontería al buen sentido, los corderos a los lobos "ravissants", la mosca a la hormiga, y hago de mi obra una amplia comedia de cien actos diversos y cuya escena es el universo".

¡Qué comedia! ¡Qué universo! Los animales de La Fontaine constituyen un mundo delicioso. Piensa en la tímida liebre, o en la graciosa paloma, o en el pobre corderillo, o en el león soberbio, o en el pequeño ratón, o en el astuto zorro, o en el hambriento lobo: ¿no te parecen amigos que nos rodean y viven con nosotros y comparten nuestras penas y alegrías? Todos ellos tienen un corazón, malo o bueno; todos un deseo, todos un alma, todos una aspiración: ¡afuera las máquinas de Descartes! (1). La naturaleza volcó sus encantos en el alma del viejo La Fontaine. Mientras él haraganeaba en sus posesiones, tendido a orillas de un arroyo, sobre la verde hierba, el mundo de sus animales

(1) Descartes consideraba a los animales como simples máquinas.

brotaba de su mente con el encanto de lo creado. Todo lo que le rodeaba era para él fresco, gracioso, sonriente: lejos de la aparatosa corte del Rey Sol, donde todo era frío, convencional, ficticio, su alma, ¡tan distinta de las otras de aquel siglo!, se hacía transparente como el cristal del agua que corría junto a él. Por eso sus fábulas huelen a heno, a nido, a tierra; leyéndolas, saboreándolas, se imagina uno estar en el campo, conversando alegremente con seres que hasta entonces nos parecieron extraños a nosotros, y sentimos la tentación de dar la mano al señor zorro, o de felicitar al gallo que tan hábilmente engañó al astuto animal, o de espantar al lobo que a pesar de todas las razones del inocente corderillo, se muestra cruel, o de aplaudir al ratón campestre, que quiere comer sin peligro alguno su modesta pitanza, o de unir nuestras quejas a la dulce paloma que trata de retener a su curiosa compañera, con arrullos de ternura; y amamos el árbol, el nido, el corral, el claro hilillo de agua, la pequeña hoja que impide ahogarse a la hormiguita, el vigilante canto del gallo, la aurora, el céspèd, la despensa donde ratones y gatos traman sus astucias, toda esa vida, en fin, sencilla y campestre, de la cual nos alejamos cada vez más, llenándonos el alma de vida artificial, ahogándonos en un mar de vanidades y temblando de frío, como pobres náufragos, cuando nos ponemos a buscar un poco de verdad, de amor y de sinceridad. ¿Qué me importa, amigo mío, la moraleja de esas fábulas, si el mundo que ellas ponen ante mis ojos me habla de la vida natural y sencilla, en la cual hasta los egoísmos se nos muestran simpáticos? Sé que Rousseau no ha considerado muy morales que digamos las fábulas del buen La Fontaine. Un niño imitaría, según él, al astuto zorro que, adulando al cuervo, se comió el pedazo de queso. Pero, digo yo: ¿no será necesario en la vida un mínimum de astucia? ¿Podríamos vivir

si, de cuando en cuando, no atrapáramos el pedazo de queso que el cuervo tuvo en su pico? ¿Podríamos vivir si, de cuando en cuando, a título de que somos leones, no nos apoderásemos de la parte de la oveja y de la cabra? ¿Podríamos vivir si, de cuando en cuando, invitando a alguno a nuestros festines, no le sirviéramos el manjar en un plato llano, o en una botella, según tuviera el convidado pico de cigüeña u hocico de zorro? ¿Podríamos vivir si, de cuando en cuando, trepados sobre una eminencia, como el gallo de la fábula, no engañáramos al astuto que quiere dominarnos o comernos?

Pero, lo repito: no es la moraleja de las fábulas de La Fontaine lo que me interesa, sino el mundo vivo y animado que llora, ríe, engaña o ama en ellas; es la comedia en cien actos, en la cual los animales se muestran hermanos nuestros; hermanos por sus vicios y virtudes, por sus vanidades y dolores; es la naturaleza, que despliega libremente en ellas sus encantos más agrestes; es el rincón, o la guarida, o el sendero, o la rama del árbol, o la dorada espiga, o la bien provista despensa, o el surco que abre en la tierra el labrador, cosas todas ellas que forman el ambiente de las fábulas, lo que me seduce, lo que me hace bueno, lo que me purifica, lo que me llena de ternura. ¿Más moral que ésa? El zorro es astuto; el cuervo, vanidoso; pero está el árbol, frondoso y sereno, en cuya copa está el cuervo y a cuyo pie está el zorro. Entre el queso del cuervo y el hocico del zorro media toda la altura del árbol: ¿por qué no salvar esa distancia con una palabra lisonjera, con una "flatterie"? Si el zorro hubiese sido capaz de llegar, con un salto, hasta donde estaba el cuervo, apoderándose del queso por medio de la violencia, entonces sí nos repugnaría su conducta; pero ésta, en la fábula, es la de un perfecto caballero.

¿Verdad, señores políticos? ¡Que levante la mano el

que de ustedes nunca recurrió a la astucia del zorro! ¿Ninguno la levanta? ¡Pues, es claro!

Esa comedia en cien actos es para mí divina. No conozco teatro más encantador que el de las fábulas de La Fontaine. ¡Qué decoraciones! Una liebre entre las coles; un corderillo que bebe el agua de un arroyo; un nido; un césped; la rama de un árbol que se agita por el peso de un ave; una cueva; un corral; un pesebre; una despensa; un sendero.

—¡Hermano La Fontaine!—podrían decir los animales recordando al buen hombre.—¡Pensaste más en nosotros que en tus semejantes! Huíste de la sociedad de los hombres, hasta de tu esposa, para vivir con nosotros. Tu mundo fué nuestro mundo. ¿No es verdad, hermano La Fontaine? Otros buscaron reyes o dioses o héroes o multitudes humanas para pintar los eternos deseos y las eternas angustias de la humanidad; tú, en cambio, nos buscaste a nosotros, sorprendiste en nosotros lo que hay en el alma del hombre, y te reíste de aquel Descartes cruel, que no veía en nosotros sino unas máquinas...

HORACIO MALDONADO.

POEMAS

LOS OJOS

Para PEGASO

I

Nunca me canso de admirar de noche
los millones y millones
de fuegos y de llamas que atesoran tus ojos.

Tus ojos son obscuros
y, sin embargo, están llenos de luces
vivas e inquietas en la sombra húmeda,
igual que torbellinos circulando
en dos nocturnos globos de cristal.

II

En dos cofres, también, así pequeños,
Dios guardaba el caudal de las estrellas
antes de que su Amor las dispersara
en la curva del cielo.

Yo, en tanto, espero hincado en las tinieblas
que baje a mí la luminosa noche.

¡La noche en que tu amor dispersará
allá en la vasta curva de mi espíritu
dos globos de cristal, copas de estrellas!

1920.

LA LUCECITA

I

Anoche
ví una lucecita de oro
vacilante
en la mojada sombra de tus ojos.

¡La luz de un navío fantasma
en el mar sin contornos?
¡La estrella
que me guiará en la noche donde aúllan los lobos?
¡O la ventana abierta de un castillo de ébano?
¡La lámpara encendida de algún altar remoto?
¡Tal vez las llamaradas de los rituales bárbaros?
¡Un sol sacrificado en un gran rito cósmico?
¡Una pupila inmóvil de leopardo?
¡El incendio de un templo sin devotos?
¡La salida del túnel en que estamos?
¡O sobre el mar nocturno una luna de ópalo?
¡Una flecha de fuego, castigo de los Dioses
que llegará a mi frente cegándome los ojos?

II

Anoche
ví una lucecita de oro
vacilante
en la mojada sombra de tus ojos.

Ya no haré más que andar
y volar
y volar hacia ella como un loco.
—¡Ay, Poeta!
—¡La gloria está en andar toda tu vida
sin alcanzar la lucecita de oro!

EMILIO ORBE

1920.

LAS ALAS DEL GIGANTE

Estoy solo Al pie de una roca, cuya concavidad me resguarda del viento y del sol, llega el mar maravilloso. Ruge, se retuerce, se hincha en un deseo de dominio, va a estallar en una ola inmensa y se calma. Silencio. Luego, de improviso, rompe su capa de esmalte azul verdoso, cabrilleante y amarga, y se precipita, extendiendo sus mil brazos invasores entre las piedras. Desde el fondo de la gruta le responden silbidos, ecos lejanos, truenos que se apagan, soplos que parecen venir de lo desconocido con el Misterio y la Vida.

Estoy solo; pero en aquel canto del mar, se presiente *algo* raro que mira Alguien suspira allí, entre las junturas de una piedra, que se ha cubierto de larga barba de algas verdes, de tanto hablar con el mar.

Sin saber por qué se despiertan en mí lejanos estados de alma. Un recuerdo amable me asalta: dos viejos doctores en música están hablando. Aquellos graves señores discutían cosas extraordinarias. Hablan de Wagner, y dicen algo así como "semitono amenazador del tema de la bocina de Sigfrido"; recuerdo también que daban importancia a un "tritono de Hagen"... Todo ello me parecía sumamente erudito — y lo era — pero me fastidiaba. Tenía mi opinión formada al respecto y difería totalmente de la de los maestros. Wagner era muy grande; yo no lo discutía, estaba canoni-

zado y vivía entre los santos; sin embargo, yo no podía explicarme el entusiasmo de un auditorio frente a una nota pedal, aislada, de diez y seis compases de *longitud.* ¿Cómo llamar a ese largo sonar sucesivo de los contrabajos apoyando una sola nota? ¿Cómo podía escucharse con fruición ese rezongo orquestal? Aquello acababa con mis nervios. Luego no podía resistir a la manera cómo Wagner trataba a la voz humana. Entiendo que es tal la personalidad de este instrumento que se llama garganta, que él vence a la orquesta más poderosa. Una sola voz, una sola, basta para imponer su timbre a un conjunto poderoso en medio de un *fortísimo.*

Por otra parte, ¿qué ejecutante ha sollozado como la Storchio, con su voz blanca, en "Traviata"? Y Wagner ha hecho de la voz una cosa secundaria, considerándola un complemento, cuyo dibujo melódico no tiene importancia. Esto era irritante para los melodistas y para quien no lo fuera también. Me vengaba pensando que aquellos que oían con placer tales músicas — novedosos acordes inarmónicos, progresiones efectistas — lo hacían por la satisfacción que se recibe de haber logrado resolver el problema de comprender, ya que no de sentir. Me decepcionaban aquellas descripciones como las del segundo acto de "Tristán e Isolda". La música indica los movimientos de impaciencia de Isolda, quien con su pañuelo hace señas a Tristán para que se acerque. Aquello se me antojaba infantil; ¡un dibujo musical que reproducía con notas el movimiento de una mano! Resulta un futurismo que aún no ha considerado Severini en su filosofía de la pintura. La misma marcha fúnebre del "Crespúsculo degli Dei", con los movimientos lentísimos que la acompañan en la escena semeja una exhibición de comparsas que no pueden caminar....

En definitiva; Wagner solía asombrarse, pocas veces

conmoverse. De aquí que oyera con verdadero placer, como bien acertadas, las críticas sobre su pesadez germana, sus libretos extraordinarios, sus fabulaciónes míticas, faltas de la gracia indispensable para todo latino.

Cierta vez tuve una revelación deslumbrante. Fué una noche, en un concierto al aire libre, donde más de un centenar de músicos ejecutaban la *Muerte de Sigfrido.* No me pareció aquello música de Wagner. La sombría página tenía allí un acento desconocido y suave. La muerte de Sigfrido era siempre una página de dolor, pero no angustiosa, ni desesperante, ni tétrica. Había en las notas la dulzura que se suele ver en ciertos muertos; diríase que sonreía tristemente En lo alto del cielo, mientras se desarrollaban los compases de la marcha, apareció la luna que se había esquivado detrás de unos cúmulos, cuyos bordes se nacaraban con la plata luminosa del astro. Surgió casi conjuntamente con el canto de amor que se intercala en la página, y como si un hábil escenógrafo lo hubiera así dispuesto desde las celestes alturas.

En aquel momento dejó de ser Wagner el artista, el técnico consumado para transformarse en algo más, en una voz profunda de la misma naturaleza, y sentí que una ola de emoción desconocida inundaba mi espíritu. Comprendí que Wagner era pesado y torpe en el teatro, y alado y ágil entre los grandes marcos de Pan; así como el albatros cazado de Baudelaire resulta simiesco, arrastrando sobre la cubierta de un barco sus grandes alas, y, en los aires...

es el rey de los vientos

que desdeña las flechas y que atraviesa el mar: en el suelo, cargado de bajos sufrimientos sus alas de gigante no le dejan andar.

Así lo sentí desde entonces, y me expliqué que estas obras, como muchas que se inspiran preferentemente en la naturaleza con un culto panteísta, que les hace caer en el misticismo más agudo, suelen aparecer con un desarrollo pesado cuando se ejecutan fuera del marco que deben ocupar.

Entonces sí, evoqué en toda su grandeza la escena de la muerte de Sigfrido, y hoy, junto a estas piedras en que me apoyo, viendo detrás del espolón de rocas que desafía el mar, asomarse la florresta encantada, el bosque casi sagrado que hiciera surgir en la costa oceánica de Maldonado, don Antonio Lussich, presiento el escenario propio, quizás único para los grandes maestros. Aquí no puede sentirse la disparidad de fuerzas que aparece entre la concepción de un genio y la horca caudina de un bastidor. Bien comprendo que los grandes sinfonistas han oído largamente estos mismos ritmos salvajes del viento y del mar. En verdad, han recogido sus voces dejando en el pentágrama un hálito de lo eterno que mueve las fuerzas de la naturaleza, pero al llevarlas al escenario han abatido su genio reduciéndolo al marco del convencionalismo más aplastante.

Ante mis ojos, en medio de la selva intrincada que llega hasta el borde de una bahía mansa, pintada en azul y verde por el cielo y por el mar, conmovido por los rumores apagados que vienen del corazón del bosque y de los labios de las aguas, evoco el cortejo de Sigfrido. Ya no son los pasos lentos, ni las ecompasas ridículas, ni las bambalinas, ni el colorete. Aquí, entre las grandes líneas de las sierras azules y del bosque, con su color de bronce antiguo, la emoción de la misma tragedia tiene algo de consolador. La muerte habla de

reintegración con el gran Todo, pero su voz no es desesperante, ni fatal, sino suave y melancólica.

Comprendo que hasta tanto no llegue este momento no habré de gustar a los grandes sinfonistas y presiento que se acerca una evolución magnífica, la reintegración a la naturaleza de aquello que nosotros más pretendemos separar. ¡Ah!, ¡quién pudiera completar aquí el paisaje haciendo resonar en estos cóncavos de piedra, junto al mar sinfónico y al viento cantante la voz polifónica de una orquesta que interprete "La gruta del Fingal" de Mendelshonn! ¿Qué ser humano podrá escapar a la magia de la descripción de la selva, tal como la hace Wagner, bajo las arcadas y bóvedas verdes de estos gigantes pinos zumbadores? Comprendo que hasta la voz humana rechazaría la romanza sentimental y la frase melosa de ciertos líricos y debe ser tratada a la manera del mago de Bayruth en séptimas descendentes, en frases quebradas, completando modestamente, como un instrumento cualquiera, el conjunto orquestal.

Contemplo nuevamente el monolito que en medio de la gruta se levanta, recortando la lejanía del horizonte del mar; siento el rumor del bosque y pienso en la soledad de las cosas bellas. Las barbas verdes de las algas van y vienen mecidas por una ola. Parecen hacer señas a alguien que mira desde las junturas de las rocas.

Me parece no equivocarme: siento que algunos espíritus de grandes hombres vagan a mi alrededor y, mientras sueñan en lo porvenir, sonríen tristemente al ver sus grandes alas de gigantes arrastradas sobre la tierra por los hombres.

R. Francisco Mazzoni.

Carne, celeste carne...

Bajo el límpido cielo de esta tarde de Invierno
En que suaves se extienden las notas de tu piano,
Un anhelo indecible de algo superhumano
Con mi espíritu, vuela sutil hacia lo eterno...

Cristaliza la música de mi jardín interno
La magia sensitiva de tu pálida mano,
Y guardan un secreto misterioso y lejano
Tus ojos encendidos con llamas del Averno.

Hay en tu cuerpo todo la erótica belleza
Que agrava la locura febril de mi cabeza,
Pero tiene la fuerza de una atracción fatal.

¡Oh, dame la dulzura mágica de tus labios!
Y deja que mis besos armoniosos y sabios
Desfloren los secretos de tu carne triunfal...

ESTEBAN BACHS.

MEDITACIONES

(De un libro en preparación)

Fatalidad.

¡Cuántas veces nos sentimos tristes o alegres sin que sepamos el por qué! Hay días en que una misteriosa congoja nos oprime el corazón, llenándonos de presentimientos y asociaciones emocionales, y parece que una ráfaga de misantropía cruzara nuestro espíritu, impeliéndonos a buscar el goce secreto que atesora la soledad. O bien, raptos de regocijo nos vuelven parlanchines y joviales. Cuando el alma cruza esa breve claridad, prodigamos sin tasa nuestra simpatía, de ordinario tan continente, a personas que, en estado normal, nos son más bien hostiles o indiferentes.

Esto nos demuestra claramente que somos los humildes intérpretes de lo que ocurre dentro de nosotros mismos. O en otros términos: es la historia de nuestra vida, resumen de otras, que en síntesis inexplicable gravita sobre nosotros en un instante dado. ¡Quién sabe qué maravillosa concomitancia tendrán esos estados psicológicos con la historia de nuestros antepasados!

Sacrificio.

La masa popular, adulada y escarnecida, alternativamente; que siempre suda y gime, cumple la más terrible y

bella misión. Ella se inmola inconscientemente en el ara insaciada de la Evolución, pues de su seno emergen los hombres-símbolos que resumen el anhelo purísimo de innumerables existencias desvanecidas, las cuales orientan, mediante aquellos espíritus radiosos, el torrente humano hacia los cauces serenos de la Perfección.

Heroísmo

El heroísmo tiene dos modos radicales de manifestarse: objetiva y subjetivamente. El exterior es dinámico y pasional, cuya expresión más alta viene a culminar en el guerrero, y seduce bien pronto a la muchedumbre, porque ésta puede discernir claramente el hecho capital. En cambio, el interno es filosófico, austero, y libra batallas invisibles que necesitarían siglos para llegar a la turbia conciencia del pueblo, si no fuera por la mediación del Arte, que le hace sentir y comprender el heroísmo del apóstol y del pensador. Así, al conjuro insuperable del Arte, el hombre identifícase, por instantes, con esa estirpe de héroes; llegando a constituirse la preciada unidad, vale decir, la unánime identidad de las almas, pues todas dimanan de la inteligencia universal, y las desigualdades que se advierte entre ellas, proceden, a mi ver, de los grados de sensibilidad de sus atributos, los cuales son diferenciados someramente por la multiplicidad de las relaciones empíricas.

ENRIQUE E. POTRIE.

LA GLOSA DEL AÑO

"PEGASO"

PEGASO cumple con este número su segundo año de existencia.

No creemos haber marcado ninguna huella de renovación, ni haber exprimido ningún fruto acre de juvenil anhelo, pero tenemos la convicción segura de una inquieta labor de bien y de belleza, que dió siempre un gran margen al pensamiento nacional.

Están ahí las mil páginas de PEGASO que hablan por nosotros, en la desigual expresión de un afán constructivo que hemos puesto con rosado optimismo sobre el lomo estremecido del caballo lírico.

Aspiramos a concretar un momento en la vida de la literatura nacional, — y con ímpetu decidido y comprensión ancha, — hicimos de PEGASO una revista de letras, sincera y libre si las hay.

En nuestras páginas cantaron su ansia de belleza o su fe en el arte o su anhelo removedor de modernidad, los viejos y los nuevos, los consagrados y los recién venidos, los tradicionalistas y los rebeldes.

Un eclecticismo superior—de revista de altas letras,—proclamamos en aquel lírico programa del primer día, y los versos aquellos se evocan sin querer, en la inteligencia de haberlos mantenido siempre como estandarte pródigo: — *dan la misma embriaguez en copa desigual el champagne de Darío y el vino de Mis-*

tral,—que hasta el absurdo es bello si lo ilustra Pegaso: lo que vale es el zumo, no la forma del vaso...

═

Así la actitud y el pensamiento, PEGASO celebra su aniversario con la afirmación de sus triunfos y la decisión de sus entusiasmos.

Un espíritu de amor, de patriotismo y de justicia nos hace recordar alegremente esta fecha, y nos mueve a renovar aquí las invitaciones que hemos hecho a la intelectualidad nacional, — sin distingos de ideas, escuelas o divisas, — a colaborar en la labor activa y democrática que ilustra nuestro esfuerzo y ennoblece esta empresa de vendimiarios.

Ya lo dijimos alguna vez y lo volvemos a repetir ahora: queremos la colaboración de todos los intelectuales del país, y ofrecemos nuestras páginas en la esperanza de poder reunir bien pronto, alrededor de nuestra mesa, a todas las voces dispersas de la nación, lo mismo aquellas más humildes y lejanas a la capital que las más altas y las más hondas de las voces consagradas.

El ofrecimiento no tiene más reparos que las legítimas exigencias de pensar y sentir en belleza, tal como corresponde a una revista de arte que no puede ni debe sujetarse a ningún canon, porque quiere interpretar las cien voces distintas del alma nacional.

Con tales afanes, PEGASO aumentará desde el número próximo la cantidad de sus páginas y ampliará sus secciones, haciendo por honrarse a sí misma en honor de las letras uruguayas.

NOTA.—Con este número se reparte la carátula interior, para la encuadernación del Tomo II y el Indice correspondiente al mismo.

Notas bibliográficas

Biblioteca Rafael Barrett.—Cuaderno I. El escultor Falcini, por Juan Parra del Riego.

En estas mismas páginas ya se ha expresado la simpatía que al señor Parra del Riego se le tiene en esta casa: así parece inútil insistir en el placer con que lo vemos entregado a esa empresa por cuyo éxito quedamos rogando a los dioses.

Si bien de la turbulencia verbal de este primer cuaderno no alcanzamos a extraer una impresión exacta del arte del señor Falcini, igualmente abrimos para esa biblioteca, una ancha cuenta en nuestra simpatía; y en el Debe ponemos todo lo que el lema de la biblioteca dice: "Revelación de los nuevos grandes valores literarios y artísticos de América"; en el Haber, dirá el tiempo lo que—gracias al interés con que la seguiremos—se podrá poner.—E. S.

"O Sol anunciado".—Versos de Waldemar de Vasconcellos.—Porto Alegre, 1920.

Entre las voces nuevas de la poesía brasileña hay una marcada caracterización. Falta el inquietismo renovador de la época, falta la verdadera potencia lírica. Los versificadores abundan, eso sí, tanto como las frutas y como las estrellas. Pero son un millón de románticos que tocan las viejas flautas y lloran las mismas cuitas...

Muerto Olavo Bilac, apenas si contamos unas cuantas voces hondas y perdurables. La juventud que va llegando no tiene las aristas fúlgidas, los pegasos piafantes, el velamen ardido... Gente que trae talento en las bodegas, pero que no trae ímpetu en la proa. Gente que no estudia, que no vive en su tiempo ni en su país, que no tiene, en verdad, alas ni estrellas... (Acaso, también aquí pase lo mismo, pero no viene al caso).

Este libro de Waldemar de Vasconcellos, sin hacer entrar a su autor en ese género de los innumerables versificadores brasileños, carece de la fuerza lírica necesaria para asegurarle un puesto de honor entre los pocos buenos poetas de su tiempo.

Hay demasiados versos sin alas y sin color, demasiadas imágenes vulgares, demasiados tonos conocidos... La técnica es pobre, y no tiene alma. La rima es prosaica, el idioma plebeyo, la imaginación

no luce. Si el poeta es joven, como lo suponemos, tiene mucho camino para andar...

Dentro de la poética brasileña, y aun dentro del regionalismo riograndense, Waldemar de Vasconcellos no logra alcanzar su bocina a la de otros muchos poetas que conocemos. Tiene que pulir y abrillantar sus estrofas para que rutilen: tiene que podar los ripios de sus matas en flor.

De ahí que "el sol anunciado" de que habla, no sin cierto énfasis, no haya salido aún... A menos que Vasconcellos hubiese querido referirse a sí mismo y a lo que tenía prometido a sus amigos. Y si en tal caso fuera, en verdad que es necesario confesar que ese sol no alumbra mucho...—**T. M.**

El incensario de oro, por Jonás Sosa.—B. Pueyo, editor.—Buenos Aires, 1920.

Recuerdo haber alentado al autor de "El incensario de oro" cuando publicó, hace cosa de un año, "Expresiones acerbas", su primer libro de versos. No es que el libro valiese, pero había algo así como la promesa de un buen rimador. Con su nuevo volumen, Jonás Sosa sólo prueba lo siguiente: que no adelantó absolutamente nada. Al contrario: se diría que ha ido para atrás. Los defectos están todos y las virtudes—tales como ternura e ingenuidad—se ven en menos páginas.—**V. A. S.**

Siembra. Volúmenes mensuales.—Valparaíso, 1920.

Bien merece que se dé cuenta de su aparición en las secciones consagradas a los libros literarios, la revista de Luis Roberto Boya. Este escritor chileno es, no sólo una inteligencia, sino que también una vocación. Hace años que escribe en las revistas literarias. Y, hoy como ayer, lo hace con el fuego de un neófito "Siembra", se parece a la "Hebe" de Morales y Lagorio. Presentación artística esmerada, un formato elegante, copioso material. Este número primero consta de 112 páginas y su contenido es excelente. Tribuna abierta a todo el continente, da una idea, muy neta, del adelantado ambiente intelectual de Valparaíso. — **V. A. S.**

Jornadas, por Narciso Alonso Cortés—Valladolid, 1920.

Muy documentado, fluido y anecdótico es este libro de un escritor provinciano, que ignoramos si tiene prestigio en España. Notorio o anónimo, es un crítico apreciable. Su estilo es más bien que lacónico, profuso. Pero correcto y no llega a pesar. Domina bien los diálogos y cuenta los sucesos con donaire. La semblanza crítica de Manuel del Palacio (poeta fácil y frívolo, aunque ingenioso, que no nos entusiasma), está muy bien. Bien encontramos el artículo sobre "El Buscón" de Quevedo, y lo mismo tendríamos que decir de otros

estudios coleccionados en este libro modesto, de muy discreta enjundia. Gusta el señor Alonso Cortés de glosar las figuras del "Romancero". Ello indica la índole de sus lecturas predilectas, que son los clásicos españoles. Esto afirmado, no ha de chocar que abunden en "Jornadas" los medios de expresión felices y que haga falta recurrir al epíteto de "distinguido" (¡tan desacreditado por los gacetilleros sociales infames que padecemos!) para calificar al autor valisoletano y su obra. — **V. A. S.**

Historia de la revolución rusa, por León Trotzky.—Biblioteca Actualidades Políticas.—Valencia. 1920.

No hay para qué decir que éste es uno de los pocos libros que pueden ser calificados de sensacionales sin miedo a exageración. El bolcheviquismo, la novísima organización social que muchos miran con admiración y la más de la gente con alarma (cuando no con miedo leporino) interesa a todos. La figura de Trotzky concita hoy día la atención del mundo entero. Los estudiosos y los simples noveleros, tienen un libro de excepcional importancia. Si las "cosas bolcheviques" son como Trotzky las refiere... hay que convenir en que no es el león tan fiero como lo pintan. Bienvenidas organizaciones donde el dinero — formidable agente corruptor — pierde su importancia, y donde para vivir es indispensable trabajar. La "Historia de la revolución rusa" merece un sereno estudio y no un apresurado comentario bibliográfico. El tiempo — señor y tirano nuestro—¿va a permitirnos hacer en breve ese trabajo? Quedamos perplejos ante la pregunta. — **V. A. S.**

Crónicas de viaje.—Por José Ingenieros (6.ª edición).—Buenos Aires.

Ingenieros representa una admirable amalgama de ciencia y arte, de erudición y gracia, de inteligencia y energía. No creemos equivocarnos al afirmar que este difundido publicista argentino es un artista antes que nada; por lo cual todo lo que sale de sus manos, aun aquello que parecería más reacio al influjo del orfebre, irradia una densa atracción estética.

Cierto que el hombre de ciencia no tiene necesidad de dar a los hechos o doctrinas que expone el prestigio del bien decir; pero es indudable que cuando se aúnan la profundidad del concepto con la gracia expresiva, cuando se sabe adornar la desnudez del hecho con un bello ropaje, se tienen mil probabilidades más de universalizarse. Al fin y al cabo, no creemos que la difusión de la ciencia francesa obedezca a otro motivo.

Resalta desde luego en este libro la sabiduría del autor. En cada página se adivina al erudito, y aunque a veces,—muy pocas,—esa erudición parece asaz frondosa, lo cierto es que el buen gusto del autor triunfa generalmente y aquélla le sirve para decorar a maravilla los frutos de su ingenio.

Como cronista poco tiene que envidiar Ingenieros a los maestros

que han dado realce al género. Elección de temas, amenidad narrativa, facilidad de expresión, vista propia y hasta una cierta tendencia a "épater"; nada falta para que sus crónicas sean leídas con fruición.

Naturalmente, estamos lejos de compartir siempre la opinión que le merecen los hombres, los hechos y las cosas.

Por lo pronto, en el paralelo que hace de Nietzsche y Jesús, tenemos el mismo concepto de Nervo sobre estas dos figuras trascendentales. El gran Federico decía: "Blindemos nuestra estructura moral con la voluntad de sufrir y hacer sufrir. La compasión es femenina, cristiana, crepuscular, enervante..." A lo que el poeta mejicano contestaba: "Al leer lo anterior sonríe uno melancólicamente, pensando que sin esa "piedad", sin esa "compasión" de que abomina el filósofo... Nietzsche enfermo, Nietzsche loco... hubiera sido suprimido; sino por la eugenesia, sí, por su hermana, la euthanasia! A la piedad fraternal, a la piedad social, a la piedad nacional, tan aborrecidas por el gran Federico, le somos deudores de ese gran Federico. ¡Oh ironía absolutamente nietzscheana!"

Además, Ingenieros parece cultivar cierto aristocratismo, cierto desdén por las razas inferiores que lo lleva hasta pregonar las excelencias de la esclavitud y hasta la necesidad de dejar extinguir, sin auxilio de ninguna especie, a todos los seres que se conceptúen inadaptables a la civilización. En homenaje al autor digamos, desde luego, que estos sentimientos nos parecen más literarios que reales, y que si él llegara a ser un día árbitro de la vida o la muerte de los negros de San Vicente, éstos seguirían como hasta ahora, zambullándose en el mar tras las monedas arrojadas por los viajeros transatlánticos...

Las elecciones francesas le dan motivo para escribir un capítulo tan interesante como pesimista, respecto a la incapacidad electoral de las masas. Se diría que tiene saudades imperialistas y que añora la existencia de los Césares.

Pero estas divergencias espirituales, no son obstáculo para que se admire en Ingenieros a un robusto obrero del pensamiento americano, digno de la fama que lo consagra como uno de los más brillantes y el más difundido, sin duda, de los publicistas argentinos. En mérito a su real talento, pueden perdonársele, además, algunas ligeras vanidades que, de cuando en cuando, deja caer como al desgaire. — J. M. D.

Cuentos Uruguayos, por Montiel Ballesteros. — Florencia (Italia) 1920.

Concluímos por leer ansiosamente el libro que abriéramos con el desgano de quien se dispone solamente a desempeñar obligaciones de la redacción, estando ajeno a la posibilidad de encontrarse tan poderosa fuerza evocatoria como la que este libro encierra en sus cuentos regionales. Con la impresión que ellos dan, el recuerdo de los

alegres años infantiles y de nuestra juventud empenachcada de quimeras abandonó su vivir subyacente, dominando nuestro ánimo con el nostálgico imperio.

Mas este resurgimiento adorable, cuyo agradecimiento quisiéramos poner de peana al señor Montiel, no obstó para que nuestro entusiasmo se regodeara con los demás cuentos que encierra el libro; mas en ellos, nuestra admiración, que no decrece, se modifica, pues esos cuentos dan la idea de un hombre industriosísimo, ayudado por herramientas excelentes, en la ejecución de una labor que no es, exactamente, la que cumple a su habilidad instintiva.

Con el lampo de un alma perturbada, visto al pasar de una conversación indiferente; con un vago temblor espiritual; con una idea de mecánica transportada al motor humano para aguzar sus facultades nobles; con el retazo de una vida conocida; y otras veces, con alguna leve partícula del tamo que las experiencias de su vida han ido dejándole, este hombre construye sus cuentos en plenitud de belleza y simetría.

Es que el arranque de su inteligencia está servido por virtudes principales; como su imaginación, que desfloca los asuntos en hilillos utilísimos; como su estilo, de sobria elegancia y de encomiable flexibilidad, capaz de expresar innumerables fenómenos del universo visible y del interno; como su técnica, tan acabada y certera, por la cual no se hallan elementos sobrantes en sus cuentos, así como tampoco se hallan las ideas centrales sin la disposición que moverá principalmente hacia ellas el interés del lector.

Y si a la variedad de los motivos y a la perfección de su técnica se agrega que los héroes, en ningún momento, dejan de ser positivamente interesantes, queda claro el elogio que nuestro entusiasmo estético le debe al arte de la obra del señor Montiel.

***

Aunque dicha obra lo coloca entre los mejores cuentistas, entre los mejores, repitámoslo probando que el adjetivo no fué puesto al correr de la pluma, nosotros creemos que sus cuentos regionales valen más; pues los ocho son maravillas de arte que aseguran al señor Montiel uno de los primeros puestos entre los escritores que en lo futuro honrarán nuestra historia litteraria.

Indeliberadamente, por emoción, en la que nuestro juicio y nuestro gusto quedaron a merced del corazón conmovido, nosotros separamos la obra del autor, poniendo aquellos cuentos gratos a nuestra inteligencia fuera de estos regionales, que gustamos con todas las fuerzas del alma, pues nos impresionaba la extraordinaria intensidad con que ellos traducen la forma y el espíritu, es decir, los aspectos del campo y las emociones o de sus hombres.

Fuerza es confesar la desconfianza con que a ellos entramos; hace

ya tiempo que se nos decepciona con esa literatura regional, fabricada por cualquier periodista veraneante, y sin necesidad de tanto, por cualquier aficionado tras breve permanencia y cierto trato con algún "gaucho viejo" de esos que ahora andan en sulky o usan pantalón de montar.

Escenas campestres trabajadas como notas informativas; también capítulos hechos así, pues no ha faltado quien se arriesgara a la novela; escenas o capítulos en los que, sobre un fondo de adaptación arbitraria, aparecen los tipos criollos dialogando en un vocabulario que hace más notoria su mentalidad prestada. El exceso de detalles exagera la afectación de la escena, el autor no se resigna a omitir ni uno de los elementos que del vivir gaucho aprendió, ni deja de expresar cuánta deformación del lenguaje anotó; ni resta al paisaje cuánto conoció de la fauna o de la flora.

¡Ah! Cómo si el alma del terruño acudiera sólo con la sinceridad del anhelo evocador, como si pintar el campo y sus hombres y la hondura de sus almas, fuera posible sólo por la intención, aunque adune a la habilidad más consumada.

***

El hombre de nuestro libro aparece en sus cuentos regionales identificado por manera íntima y profunda con el alma del terruño nativo.

Su obra es un prodigioso ejemplo descriptivo del escenario: es afortunadísima en cuanto a exactitud de la expresión; y esos méritos se unen, por el acierto en la elección de los tipos, a otro más superior y humano, es decir, al soplo de pasiones que entre aquellas gentes corre agitando sus almas. Pues sus tipos no son de espíritu baldío, y cosa que anotamos al pasar, siempre en beneficio del elogio de ese hombre, hay entre los tipos y el ambiente tales concomitancias, que nunca podría encontrarse mayor evidencia del concepto de Swefenborg sobre las relaciones entre el mundo físico y el espiritual.

Artista, gran artista el señor Montiel, para gloria de la tierra, y para encanto de los que llevamos en el fondo insobornable de nuestra alma, a pesar de muy larga vida urbana, una tierna y, como filial añoranza del rincón del campo donde nacimos.

¿Cómo no hallar familiares esas cuchillas del libro, y no conocer a todos esos paisanos, si aunque somos nativos del Este de la República, son paisajes familiares a nuestra infancia y a nuestra juventud, si son paisanos entre los cuales nos hicimos hombres?

Maidana, con su bien estudiada psicología, y el correntino taimado, y el cazurro don Toco Andrade, que a estas páginas sale con su filósofo yerno, hasta el supersticioso don Peralta, allá en el final del libro, todos son vecinos o conocidos nuestros, y nos basta cerrar

los ojos y retrogradar en el recuerdo, para que sigan conviviendo con nosotros igual que en el pasado lejano.

Artista filjimos, pero también, hombre de fino sentir. Ahí están "Los gurises" mostrando la enternecedora tosquedad de Dalmiro Butiérrez, cuyo dolor nos impregna, convenciéndonos de que no podría describirle sin poseer entrañas de blandura semejante: y en otro género, aquella maestrita, cuya vida se gasta en la campaña indiferente, dentro de pocas páginas, que bastan a ese hombre para llevarla desde las esplendorosas esperanzas de su iniciacion hasta una atonía espiritual donde seguramente no vive ni el dolor; pero en ese tránsito la lleva el señor Montiel con tal simpatía, que prueba cómo se extendieron en su alma las indefinibles vibraciones engendradas por aquella decadencia.

Y basta, que las notas bibliográficas tienen límites que ya ultrapasamos; gustaríamos hablar más de este hombre, y podríamos hacerlo, larga y apodícticamente; pero estas páginas nos están contadas, lector, y ya las terminamos.—E. S.

Artículos, por José Vasconcelos.—Costa Rica, 1919.

Las lechuzas de la carátula nos predispusieron amablemente, por habernos sido siempre halagüeñas esas aves, con su vuelo aterciopelado y sin rumor. Pero abrimos el libro en los autores que el señor Vasconcelos lee de pie y se nos apretó el corazón, temiendo no poder ser amigos del autor. La comunidad de lecturas implica afinidades que son el mejor asiento para una simpatía conveniente: así como el distanciamiento en tales aficiones prepara divergencias.

La "Tragedia Griega"... sí, pero Platón a veces; y Spinoza siempre, y siempre la música de Beethoven; pero Dante y Kant y la filosofía indostánica, no señor, jamás; y jamás Shopenhauer, salvo en aquel libro cuyo espeluznante nombre "de la cuádruple raíz de la razón suficiente" ocupa el mayor derroche de agudo ingenio unido a la razón más penetrante; exceptuamos ese libro porque nos encanta y apasiona.

Pero las lechuzas no estaban en vano, y la atención enigmática de su mirada era promisora como nunca. Los "Artículos" del señor Vasconcelos son bellos y están animados por fuerzas nobles: reunen, pues, condiciones del escritor, que se nos aparece como un entendimiento independiente, en el cual se equilibran elegancia y claridad.

Habilidoso en raciocinios libres de todo contagio, se nos muestra en el contenido ideológico del primer estudio, cuyas soluciones no compartimos totalmente: si bien fruimos el vigor y la justeza empleados en el examen de emociones cuya amplificación magnífica acusa la finura de la sensibilidad del señor Vasconcelos.

Y después su alma es tañida por el recuerdo, como una dulce campana matinal, hablando de aquellas gentes de Lima, en cuya año-

ranza, la gravedad del hombre muy traído y llevado por turbulenta vida, se funde en ternura compleja y melodiosa.

Luego "El fusilado". El espeluzno de un vuelo de murciélagos, y su decorativo esplendor, recortándose en la boca dorada de una gruta. Páginas turbadoras pero deleitosas. La fantasía del autor deslumbra con la amplitud de su quimera. El motivo lúgubre influye levemente en nuestra sensibilidad, que está subyugada por el desenvolvimiento atrevido de especulaciones, en las cuales se cierne un soplo transcendental, un aliento venido del mundo de las metafísicas, dejando adivinar como es que este hombre ha espaciado sus perspectivas psíquicas y enriquecido su ingenio.

Cierran el libro sus "Visiones californianas", paisajes en los que el pintor no ve el mundo como una superficie de valores luminosos, sino como una totalidad de reverberaciones sentimentales y espirituales: pues sus ríos y montañas y personas, exactos de bien pintados, más que por la descripción real cobran valor en nuestra psique por su contenido simbólico, por su capacidad alucinatoria y emocional, adquirida sin duda en la identidad del alma del escritor con la de las cosas. ¡Viejo Anaxágoras, con tu poética filosofía, según la cual hay en cada cosa elementos de las sustancias constituyentes de las otras! ¡Cómo te regodearás viendo a ese hombre cuya alma y la del paisaje vibran en armonía completa, zahumando al lector con el dulce halago hespérico de la evocación del mundo sensible, y, con su transfiguración, operada en la inteligencia admirable del autor y en su corazón de oro!

Todo ello, reflexiones encantadoras por sutiles y eficaces: soluciones de hondos problemas; razonamientos desentrañados en meditaciones que se aparecen como habituales de un alma superior; quimeras llenas de donaire y fantasías bien tramadas; y máximas en que se destila el jugo de experimentada vida; y desahogos en cuya ternura se prueba un blando corazón; todo eso que, como una savia anima los "Artículos" de ese mexicano, todo eso está escrito en un español bizarro, de verras admirable.

No es un español reconstruído arcaizando, ni tampoco es un español prendido de modernismos ni vocablos locales.

Es un español bizarro, volvemos a decirlo. Elegante sin violencias, rico sin ostentaciones, escueto sin mezquindades; y en su amplitud hallan expresión cabal todas las impresiones de la realidad objetiva, así como las complicadísimas operaciones de nuestro mecanismo sensorio; hallan expresión cabal, y ritmo atrayente, y gracia mesurada.

Así es admirable el estilo de este hombre, a quien no honramos más porque más no lo conocemos.—E. S.

"Ritmos sin rima y otros".—Versos, por M. Pérez y Curis.—Editorial Renacimiento.—Montevideo. 1920.

Este nuevo libro de Pérez y Curis es como una resonancia de sus anteriores poemas de amor y de combate, a los que viene vinculados por la misma tristeza rebelde y por la misma inquietud ácrata.

Ritmos sin rima, son en verdad casi todos los versos de este libro, un poco triste y un poco combativo, que define una vez más las características poéticas de Pérez y Curis, espíritu selecto, a quien la vida ha hecho encrespado y agresivo como pocos.

No cabe en el examen de este volumen concretar nuestra opinión sobre el fuerte aliento de su juventud dilatada y batalladora, a veces erudita y lírica, tanto como arrogante y revuelta, que ha traspuesto sin esfuerzo las lindes intelectuales de la patria para imponer su parnaso de agitados encrespamientos.

Sólo hemos de decir, que con el nuevo libro, pulcro y sin empuje, Pérez y Curis agrega muy poco a su nombradía y a su obra.

Es indudable que el libro de este hombre tiene sinceridad hasta la desnudez y técnica hasta la perfección; pero la voz no suena con claridad matinal y sí con timbre ronco de baritono de gesto duro y actitud posada.

Hay algunas poesías, — "A Cervantes", "A Urbina", entre otras,—que consiguen la ligera fineza de los tenores líricos, pero en seguida el poeta vuelve a su coraza de lucha y la canción alada se torna verbo de rebeldía o de masculina desesperanza.

El lo dice, abriéndonos su alma como una mano, y se llena de amargura al decirlo. La estrella roja de sus afanes parpadea allá arriba de su caminal de zarzas y de flores.

Como todos los espíritus luchadores que conocemos, su gallarda fiereza está hecha de agrias desilusiones, a las que salpica en momentos de engañosa esperanza, una inquietud anhelante, alargada en acentos viriles y proclamas enérgicas.

De ahí los cantos inflamados de ardientes y acerbas expresiones de lucha,—que en "Acráticas", por ejemplo,—rechaza nuestro oído y nuestro espíritu, no acostumbrado a la dicción áspera y chocante que desprestigia la música y la elevación de la poesía.

Y es justo no olvidar aquí, el ingrato detalle de esa nota fuerte y fastidiosa que el poeta ha puesto al final de su "Concepto de patria", para contarnos no sé qué andanzas de Angel Falco.

Artísticamente no cabe en un libro de versos,—por más batalladores que sean,—postdatas como esa. Y lógicamente, era más digna la reverencia del silencio, que vincular una página de arte al nombre de un pequeño enemigo...

Pérez y Curis, batallador de entereza y de virtud, comprende bien lo que quiero decir...

***

Sea, no obstante, nuestra sincerada palabra de elogio a estos "Ritmos sin rima" que el autor de la "Arquitectura del verso" y "El marqués de Santillana" agrega a su repertorio lírico de estremecidas alas combativas.—T. M.—

Curso de Metafísica, por Antonio M. Grompone.—Montevideo, 1920.

Hecho con el objeto de presentar a los estudiantes las cuestiones principales de la metafísica, es éste un libro que llena cumplidamente su finalidad. Se plantean en él los diversos problemas metafísicos—del convencimiento, de la substancia, de la libertad, de la vida, etc.,—y se exponen las soluciones de los sistemas filosóficos topos.

En esta exposición, no dogmatiza nunca el autor, como los pedantes o los tontos, sino que—maestro de verdad—muestra los surcos abiertos y las diversas clases de semillas, interesa en la siembra y abre al espíritu horizontes para la meditación y el estudio. Esta es su tarea y la ha llenado bien. Sus exposiciones son claras y sintéticas; su erudición cabal y sustanciosa. Cita las fuentes adonde los ávidos de saber puedan acudir para saciarse. A quienes interesen los problemas de la metafísica, este buen libro les habrá mostrado el camino a seguir; a quienes no les interese no les habrá hecho ningún daño y no les habrá procurado tampoco ningún pesar. Estos seguirán serenamente su ruta a ras del suelo, por la tierra; aquéllos habrán adquirido esa ansia de volar, sin la cual no es posible remontarse alto. Y de esta manera, el libro de Grompone contribuirá a hacer metafísica buena, para lo cual, como lo dice Vaz Ferreira, el único preservativo que se conoce es el no hacerla mala. —A. B.